

El Espectador y sus colaboradores han viajado al Caquetá, mayor centro de la zona, con su equipo de periodistas y un equipo de médicos de la Brigada Móvil N.º 9.

El Espectador estuvo con los médicos que atienden a los soldados que combaten en el sur del país

# Los salvavidas del Plan Patriota

JUAN DAVID LAVERDE PALMA  
ENVIADO ESPECIAL A SAN  
VICENTE DEL CAGUÁN (CAQUETÁ)

Aquel reverberante mutismo que llenó ese diminuto espacio en el que acababa de fallecer dosagrado el cabo Gonzalo López fue desolador. Una rara mezcla de languidez y de nostalgia que peregrinó en ese ambiente hostil por algunos instantes, mutiló la tranquilidad de esa noche de diciembre y le agregó un fantasma más a ese equipo de paramédicos que aún no terminan de horrorizarse con los estragos de esta espantosa guerra.

Pero no hubo tiempo para lamentos y protestas. El duelo les tocó tragárselo a regañadientes. Los intensos combates entre el Ejército y las Farc en cercanías a San Juan de Losada, en Caquetá, completaban cerca de 20 horas de forma ininterrumpida y los heridos pululaban de un lado y del otro. Un desfile de soldados desmayados llegó al improvisado quirófano donde minutos atrás agonizó el cabo López. Por fortuna no corrieron su misma suerte.

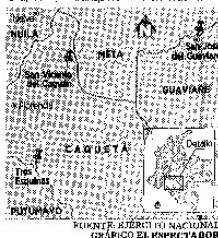
Pese a sus providenciales intervenciones, los paramédicos saben que fue un día para olvidar. Uno de sus compañeros, aquel que días antes habían visto embarcar en un helicóptero para internarse en la selva, el mismo con el que compartieron cien veces la misma mesa, la misma comida y el mismo régimen militar, se había convertido esa lúgubre vigilia de diciembre en uno más de su ya larga lista de difuntos, en uno de esos rostros macilentos e infelices que habrán de recordar hasta el día de su muerte.

"Las caras de los pacientes que se mueren jamás se olvidan y uno tiene que aprender a convivir con esos fantasmas", comenta el mayor Sergio Vega, cirujano del Gatra—grupo de médicos creado hace ocho meses para atender los soldados heridos del Plan Patriota y que tiene su sede en el Batallón Cazadores de San Vicente del Caguán—. "Cuando los veo muriéndose en mi quirófano me lleno de rabia por lo injusta que es la guerra", dice.

Allí, en el corazón de los fallidos diálogos de paz, en el nervio

## GATRA

Grupos Aerotransportables en Trauma



estratégico de la avanzada de 25 mil hombres del Ejército para recuperar el sur del país, este puñado de médicos es el encargado de auxiliar de primera mano a esos esperanzados soldados que día a día intensifican sus enfrentamientos con la guerrilla. "Si el Gatra no estuviera aquí, algunos de nosotros ya estaríamos enterrados", agrega el soldado Fernando Pulido.

Antes de su creación, muchos oficiales y suboficiales perecían debido a la lentitud en su atención, ya que los hospitales de primer nivel más cercanos en la zona estaban en Neiva y en Florencia. Pasaban horas antes de ser auxiliados y la mayoría languidecía en los helicópteros en la mitad de su camino. Hoy, decenas de vidas han sido salvadas gracias a estos veteranos médicos de guerra, héroes anónimos e infatigables.

Un anestesiólogo, un cirujano, un ortopedista, un médico general, una bacterióloga, un jefe de enfermeros, un instrumentador quirúrgico, dos auxiliares, un almacenero y ocho soldados regulares conforman el Gatra. Están apostados a cien metros del helipuerto del batallón en siete carpas de campaña, que se comunican entre sí, para movilizar los heridos. Sin duda, es el más impresionante hospital de guerra de las FFFMM.

"Estar aquí es difícil, porque la muerte no deja de sorprendernos", dice el mayor Miguel Rínta, ortopedista, "se nos escabulle una y otra vez y regresa cuando

se le antoja en los rostros desmayados de esos soldados que tratamos de salvar". Son pocos los militares que han fallecido después de ser atendidos por el Gatra. En general, casi todos los soldados que murieron en los últimos meses parecen casi siempre en el campo de batalla.

"¿Sabe qué es lo más tremendo?", comenta atribulado el mayor Vega, "cuando el paciente llega consciente y lo mira a uno como si fuera su salvador y dice: 'doctor, no me deje morir' ". Y cuando fallecen en esas camillas negras, en medio de esa gigantesca carpa hecha hospital, sienten que han faltado a su palabra, que los han defraudado. "Lo peor es darles la noticia a sus familiares. Devastados, siempre preguntan qué fue lo último que dijo antes de morir", dice el capitán Juan Carlos Saavedra, jefe de enfermeros.

Aparecen entonces algunas lágrimas disimuladas, las preguntas incansables rondando en sus cabezas para determinar qué fue lo que se hizo mal; luego un aire de resignación se toma sus conciencias y parecen conformarse con esa frase lapidaria que siempre lanza el mayor Camilo Vélez, anestesiólogo y responsable del Gatra, cuando mueren: "Así es la guerra".

## LA GUERRA Y LA PAZ

De acuerdo con las cifras oficiales de este Gatra—hay otros dos ubicados en San José del Guaviare y en Tres Esquinas (Caquetá)—se han realizado 1.012 consultas médicas y 550 procedimientos quirúrgicos, la mayoría por esquirlas de granada o de minas antipersona, y por heridas de bala.

En total, 29 militares requirieron una cirugía delicada y un traslado en el avión ambulancia de la F.A.C. A cinco soldados tuvieron que amputárseles las piernas. Tres civiles padecieron su mismo destino. Una de ellas era una mujer embarazada que finalmente murió. "El balance no podría ser mejor. Además de salvar a nuestros soldados, más de 8 mil personas resultaron be-

neficiadas con las brigadas de salud que hicimos", aseguró el mayor Vélez.

Por la dureza de su trabajo y la lejanía de sus familias, cada dos meses se rotan los integrantes de los Gatra. "Esta vez nos tocó pasar el fin de año aquí. Fue difícil. Mi hija de tres años me llama y me dice a toda hora, 'papi, te necesito ya', y eso me afecta", dice Leonardo Álvarez, suboficial de la Armada. Su compañero, William Solís añade: "Mi esposa y mis tres niños están esperándome en Cartagena. ¿Cómo es de horrible despedirse de ellos?".

En ese preciso instante, cuando aquella comunión de hombres desahogaba su melancolía públicamente, un mensaje de texto le llega al mayor Vega a su celular: "Mi amor, no tengo quién me eche bronceador. Te extraño". "Si ve", dice, "estos mensajes sí que le dan duro a uno". Y mira a su jefe, el mayor Vélez, como queriéndole decir que no quisiera estar allí, que se muere de ganas de estar con su novia. Pero luego recapacita. "Son los sacrificios de la guerra", asiente resignado.

Tiene razón. Mientras tanto la capitana Eddy González, bacterióloga del grupo, acota: "Cada vez que los soldados parten del batallón para internarse en la selva trató de memorizar sus rostros, su cuerpo, sus gestos. Y oró por ellos, por sus familias y por mí, porque sé que algunos de ellos llegarán aquí heridos, quizá moribundos". Y agrega el capitán Saavedra, "cuando regresan a salvo siente uno un descanso y una paz inimaginables".

Hace varios días que no llegan heridos allí y eso los preocupa. "Estas calmas tan prolongadas no son buenas. Presagian algo horrible", comenta el coronel Rodrigo Perdomo, comandante de la Brigada Móvil N.º 9. Paradójicamente los combates los tranquilizan porque se enfrenta el enemigo. "Cuando éste no aparece, es porque está planeando algo".

Pero no todo es dolor. Nada iguala ese sentimiento indescriptible de salvar una vida. Ahí aparecen las bromas, la alegría, y esa frase del mayor Vega que a todos pone los pelos de punta: "¡Es que si somos muy buenos!".

Los enfermeros revisan periódicamente los equipos médicos.

A cien metros del helipuerto del batallón está ubicado el Gatra.

Todas las noches, el equipo se reúne para analizar su trabajo.

CUANDO LOS VEO MURIÉNDOSE EN MI QUIRÓFANO, ME LLENO DE RABIA POR LO INJUSTA QUE ES LA GUERRA